

LA LEGION DE HONOR.



La revolucion francesa abolió las órdenes de caballería, y por un decreto de la Asamblea nacional de 6 de agosto de 1791 desaparecieron de Francia aquellos signos exteriores y decoraciones que habian servido de recompensa á los ejércitos. En su lugar se crearon otras recompensas, que consistian en *armas de honor*: al oficial que se distinguia, AÑO XXI. 19

SEGUNDA SERIE.—1863.

se le concedía un sable; al soldado que ejecutaba una grande accion, un fusil, una carabina, ó un hacha, segun el arma é instituto á que pertenecía. Cuando Napoleon Bonaparte fué primer cónsul, instituyó en 19 de mayo de 1802 una órden titulada *Legion de Honor* para recompensar los servicios civiles y militares. En ella tuvieron entrada todos los oficiales y soldados que habian obtenido armas de honor, los cuales fueron individuos de la Legion por derecho propio. Para ser admitido en ella, era preciso haber hecho grandes servicios al Estado en la guerra de la libertad, haber contribuido con pruebas de talento y de virtud á establecer ó difundir los principios de la república, ó hecho amar y respetar la justicia y la administracion pública. Las funciones legislativas, la diplomacia, la administracion de justicia, las ciencias y las artes, eran igualmente títulos de admision. Los miembros de la Legion de Honor debian ser nombrados por un grán consejo de administracion. El primer cónsul, que era de derecho el jefe de la Legion, presidia el consejo, que se componia de siete grandes oficiales. En tiempo de guerra, las acciones brillantes eran un título para todos los grados; en tiempo de paz, se necesitaba tener veinte y cinco años de servicios militares. En época de campaña, el tiempo se contaba doble, como en España á los militares.

Esta Legion de Honor, se habia dividido en cohortes, y con lo que se llama un verdadero ejército por su organizacion. Componíase de diez y seis cohortes; cada una tenia siete grandes oficiales, veinte comendadores, treinta oficiales y trescientos cincuenta legionarios. Así, la Legion de Honor venia á tener ciento doce grandes oficiales, trescientos veinte comandantes, trescientos ochenta oficiales y cinco mil seiscientos legionarios. Pero este número se aumentó despues, y mas tarde los extranjeros han sido admitidos en la órden. Esta decoracion, única que quedó en Francia y aun permanece, consistia en una estrella de cinco rayos, doblados y esmaltados en blanco; el centro de la estrella, rodeado de una corona de encina y laurel, presentaba en un lado la cabeza del emperador, con esta leyenda: *Napoleon, emperador de los franceses*; y al otro lado, el águila francesa con el rayo en la mano y esta leyenda: *Honor y Patria*. Es de oro para los grandes oficiales, comendadores y oficiales, y de plata para los legionarios, y va pendiente de una cinta encarnada.

Los oficiales tienen una roseta y la gran decoracion consistia en una ancha cinta roja en forma de banda, desde el hombro derecho al izquierdo, y en la punta el águila de la Legion de Honor, y una placa bordada de plata sobre el lado izquierdo de las capas y de los uniformes.

Esta cruz de la Legion de Honor, ha sido siempre muy apreciada en Francia, y aun es hoy una de las primeras condecoraciones de Europa. Cuando Napoleon Bonaparte fué derrocado del trono por las coaliciones de Europa y volvieron los Borbones á ocupar el trono de Francia, era tal el crédito de esta condecoracion, que Luis XXIII por una ordenanza de 9 de julio de 1814 tuvo que mantener la institucion bajo el nombre de *Orden Real de la Legion de Honor*, confirmar sus estatutos y declararse su jefe y soberano maestro. Solo la decoracion se cambió; en lugar de la efígie de Napoleon se sustituyó la de Enrique IV grabando en el exergo la leyenda: *Enrique IV, rey de Francia y de Navarra*. El águila imperial se reemplazó con las tres flores de lis rotas de estas palabras: *Honor y Patria*.

La Legion de Honor tiene establecidas dos casas de educacion para las hijas de sus miembros. Estas casas fueron muy protegidas por Napoleon y por toda su familia. En la de San Dionisio habia mas de quinientas discípulas, y en la de Ecouen, trescientas. Tenian además cinco sucursales en París, en Logis, en Fontainebleau, la de Pont-à-Monson, y la de Monte Valeriano. Estas sucursales recibian las huérfanas de los oficiales y de los caballeros de la Legion de Honor, y estaban servidas por la congregacion de *Huérfanos de la madre de Dios*.

Cuando la revolucion de julio, que elevó al trono á Luis Felipe de Orleans, la decoracion de la Legion de Honor volvió á recobrar la efígie de su fundador Napoleon, y desapareciendo las lises, quedaron en su lugar dos banderas tricolores; y al subir al trono en 1852 Napoleon III, la estrella de la Legion de Honor volvió á dar lugar, como en el tiempo primitivo de su institucion al águila imperial. Esta condecoracion escita el mayor respeto en toda Europa, se halla altamente considerada por los hombres públicos y de estado de las principales naciones, y con su roja banda adornan su pecho los principales monarcas y potentados del mundo.

LITERATURA MODERNA.

Ved el manso arroyuelo que sin origen conocido serpentea lamiendo las raíces de las plantas, y atravesando el bosque lleva por doquier la vida; ante la frescura de sus puras linfas brotan las flores, crecen en lozanía y perfumes, fecundándose los terrenos y hasta la dura roca llega á ablandarse dejando brotar entre sus peladas grietas un abrojo, un pardusco musgo, única manifestacion del elemento de vida que en ella se encuentra, suspiro quizá de un ser que no siente. El manso arroyo puede transformarse en un impetuoso torrente, el torrente puede convertirse en rio, el rio llega á parecerse á un mar: tal es la literatura. Nacida como manifestacion de un sentimiento particular, individual, la poesia en su primera época fué lírica: Adam fué el primer poeta. La poesia fué sucesivamente abarcando una esfera mucho mas estensa, porque el hombre que antes se llamó Adam, luego tomó sucesivamente los nombres de Asia, de Africa, de Europa: hoy le conocemos con el nombre de humanidad, y la manifestacion de sus sentimientos, participa naturalmente de la grandeza de estos mismos. A la poesia lírica sucedió en el transcurso de los siglos y de las literaturas la poesia épica, á esta la dramática: hoy hay un nuevo género; la sintesis de todas ellas, la lírica, la épica y la dramática, confundidas, mezcladas, Homero, Anacreonte y Calderon, Barómetro de la civilizacion de los pueblos, la literatura marcha siempre al lado de la sociedad, como ella se atrasa, como ella padece, como ella progresa. Abrid la historia de la humanidad, esa maestra de la vida segun Ciceron, ese saco de trapos viejos segun Goethe, y encontrareis que toda época de cultura, de civilizacion, de adelanto en los órdenes político, civil y social ha correspondido á otra época de cultura, de progreso en el órden literario. El solitario de Tibur cantaba sus versos en la corte del rey del mundo de entonces. Corneille y Moliere pertenecian á la

córte de Luis XIV, Shakespeare fué contemporáneo de la afortunada rival de María Stuardo, y el tierno Garcilaso era soldado de Carlos V.

No se crea por esto, como algunos han dicho, que la literatura ha progresado bajo la proteccion y el estruendo de las armas, no; sobre el triunfante estandarte en que campean las emblemáticas S. P. Q. R., mas alto que las águilas imperiales, sobre la nube de Waterloo hay algo mas, hay una idea sublime, una emanacion de la Divinidad, hay la gloria, esa divina estrella que ha guiado en su peregrinacion por el mundo á Alejandro, á César, á Napoleon. No era el estruendo de las armas, no era la guerra lo que prestaba esplendor y luz á la literatura, era algo mas, era la idea que en sí encarnaba, era la gloria lo que los poetas cantaban.

Sentado pues esto, ¿qué es la literatura moderna? ¿qué mision viene á realizar? ¿qué caracteres la distinguen? Si la literatura sigue la marcha de la sociedad, habremos de notar en ella, caracteres análogos y correspondientes á los que tiene el siglo actual. Epoca de las révoluciones, de la lucha, de la confusion, en nuestro siglo no hay principio esclusivo alguno, ni idea que no se admita, ni verdad que no se escluya, ni nada que no se contradiga, porque nuestro siglo es la contradiccion de sí mismo, la mezcla de todo, la anomalía, al mismo tiempo que el mas completo de todos, el mas universal, el menos esclusivo. Napoleon, Biron, Bellini, Cánova; he ahí nuestro siglo; el genio en sus cuatro manifestaciones, como dice Alarcon; ved ahí la mas complexa de las sociedades que han existido: y al lado del genio de la guerra, al lado del profundo espíritu pensador, al lado de ese tierno corazon, de ese puro sentimiento que humanizándose toma el nombre de Bellini, al lado de aquel que comunicaba su genio á sus creaciones de piedra, junto estas cuatro columnas que sirven de pedestal á nuestro siglo, se levanta otra figura, grande tambien, que quiere dominar á las demás; es el elemento de la industria, es Wat, es el vapor, es la ciencia en su forma material que viene á coronar el gran edificio que se llama siglo XIX: toda esta inmensa creacion se mueve y gira sometida á la ley del progreso; pero la verdad de esta ley tambien se discute, es decir, se estudia y se remueve el cimiento de tan gigante creacion.

Estos mismos caracteres tiene la literatura moderna, confusion, revolucion, mezcla, Byron, Lamartine, Victor Hugo, Goethe, Scribe, la cabeza y el corazon, la fé y la duda, lo trágico y lo cómico, lo sentimental y la caricatura; en resumen, lo lírico, lo épico, lo dramático en sus diversas é innumerables subdivisiones. Tal es el carácter general de la literatura moderna, y no podia ser otro si ha de ser el vivo reflejo de la vida, si tiene necesidades que satisfacer, si hay una razon á que deba su existencia, si es cierto el principio estético de que toda obra ha de llevar el sello de su creador.

El siglo, sin embargo, tiene un carácter peculiar, unas facciones propias que le distinguen de los demás, así como el hombre tiene un rostro particular en que se diferencia de sus semejantes. ¿Cuál es este carácter? la duda, el positivismo. La duda como resultado de la revolucion de las ideas, como deduccion de la anómala mezcla de creencias y doctrinas, de filosofías, de tradiciones, de pensamientos. El positivismo como consecuencia de la duda, porque aquel á quien se le dice que las teorías de Rousseau son utopías, los descoos de Voltaire sueños, las deducciones de Krausser

ilusiones; aquel á quien se enseña, ó á quien se quiere hacer ver que Lamartine es sensiblero, declamador Byron y que Chateaubriand no siente lo que dice; ese hombre vuelve los ojos, mira á su alrededor y ve que la fuerza impulsiva del vapor es constantemente igual y exacta, que la estadística, la química, la economía, la industria son infalibles. Por tanto en este siglo el hombre que empieza por dudar, acaba por hacerse positivista; el positivismo está á dos pasos del egoismo, y de aquí la gran importancia del individuo en las sociedades modernas, porque el individuo puede encerrarse en sí y vivir. He aquí una nueva anomalía, el individuo, el hombre aislado que constituye la sociedad mas complexa que ha existido.

Con tales elementos la poesía lírica puede vivir, y la poesía lírica vive, porque manifestacion del elemento subjetivo no necesita mas que un corazon, un alma que sienta para su existencia. Ved á Lamartine, ese sentimiento encarnado en un hombre, ese manantial de dulce consuelo que destila en su alrededor el bálsamo consolador, único capaz de mitigar penas que todos sufren, llantos que todos vierten y que nadie quiere confesar, de que todos se rien. Lamartine es el poeta de las almas tiernas, de los espíritus nacientes de los jóvenes. Es el canoro ruiseñor que en lo mas oculto del bosque, al último rayo del sol canta sus penas inundando la atmósfera que le rodea de una dulce tristeza, es el único que poseyendo la llave del corazon de los jóvenes, le ensancha, le oprime, le hace sentir, le hace gozar segun él goza, siente ó sufre; es, en fin, el que canta los amores de una Graziela, las afecciones de un corazon de diez y ocho años. Lamartine no puede pues, ser la encarnacion del siglo XIX: él no se abandona en pensamientos y reflexiones filosóficas aislándose de los demás, él nunca va á buscar la desesperacion en el lodazal de la vida; solo llora porque siente, solo siente porque ama, y ama porque tiene corazon. Quizá al concentrarnos en nosotros mismos, al hojear el libro de nuestros sentimientos y afecciones, al examinar nuestro corazon, encontremos una hoja en que haya escritas estrofas enteras de Lamartine; pero entonces se alza la voz de nuestra razon, y esta voz que marcha con nuestro siglo nos dice:—Ese hombre es un hipócrita, un sensiblero, no sintió lo que dijo.—A tal voz, dudamos un momento, cerramos de repente el libro del corazon, luego cesa la duda y viene el positivismo. Cuando volvemos á pensar en esto dudamos del mismo positivismo.

La poesía épica tal como por lo que fué se la comprende, no puede existir en nuestro siglo. Si la epopeya es la Biblia de un pueblo, como ha dicho Hegel, eco de los sentimientos, reflejo de las tradiciones, de las creencias, de las sociedades, mal puede existir cuando se pugna por destruir las tradiciones, cuando no están muy seguras las creencias. ¡Elevad un gigantesco monumento sobre cimientos de arena: asegurad en el fondo del impetuoso torrente la piedra removida! ¿Es por ventura una epopeya el Fausto? ¿Lo son el Diablo mundo, el Manfredo? no; son solo semi-epopeyas, no comprenden sino una parte de nuestro siglo. En ellos vemos un hombre; un ser en cuya mente se revuelven todas las ideas, todas las filosofías; que empieza por creer en todas, y acaba por no creer en ninguna. Fausto como Adam, como Manfredo, son un mismo espíritu, que ya dedicado al estudio, ya poniéndose en relacion con el mundo en sus diferentes órdenes, ya entregado completamente á la contemplacion de sí mismo, no hace mas que pensar, recorrer el

mundo ideal en sus diversas regiones; los tres cantan la duda, á todos igualmente falta el positivismo; no pueden pues considerarse sus gigantes creaciones como epopeyas del siglo. Goethe, Espronceda y Byron son poetas líricos que se hallan algo mas cerca de la barrera épica. Si esto es así, tampoco podremos llamar epopeyas ni á los Mártires, ni á otros semejantes que reflejando únicamente un órden de ideas, no tienen la cualidad de universalidad necesaria para la epopeya.

La poesía dramática habia de amoldarse mas á las ideas y á los principios hoy dominantes, y en efecto, vemos en nuestros tiempos al teatro tomar una parte muy activa en la vida social, le vemos influir en esta vida en el sentido de un medio civilizador, lo vemos desarrollarse de una manera tan extraordinaria, que apenas se comprende si no se va paso por paso siguiendo su historia. Armonizando en sí los elementos subjetivo y objetivo, las dos grandes esferas de la vida, el individuo y la sociedad, la poesía dramática á venido á influir de una manera universal y uniforme. En el teatro cabe todo, desde lo mas épico y sublime, hasta lo mas cómico, desde una tragedia de Alfieri, hasta un sainete de don Ramon de la Cruz: al teatro se refugia la lírica en el drama sentimental, y la épica en el histórico, y todo allí se armoniza, se une.

Mas tampoco podemos encontrar en el teatro un escritor que sea el resumen, la encarnacion de su siglo, uno en quien se reúnan las cualidades universales necesarias. Encontramos si escritores que resuman en sí la sociedad española; la francesa, pero no la sociedad humana. Sin embargo, si se hubiese de examinar la cuestion bajo el punto de vista de la utilidad inmediata, no podríamos menos de reconocer que si no el mas, el drama es al menos uno de los géneros mas importantes de las literaturas modernas. El desempeña ya civilizadora mision de educar al pueblo, él le lleva ideas antes deseñocidas, máximas nunca oídas, principios generales que despues sigue en el transcurso de su vida, sin pensar siquiera de dónde los tomó; él lo suaviza, él lo ablanda, él lo pule. Y sin embargo, aun hay personas que asientan la absurda doctrina de que el teatro es pernicioso, que no instruye, que no enseña: aun hay quien no ve en esto sino unos informes telones, unas groseras pinturas, y el capital que el empresario pone en especulacion. No nos detendremos en esto, porque es un punto ya por demás discutido, aparte de que en vano fuera querer mostrar una luz á quien se obstina en tener los ojos cerrados.

Pero mirad ese gigantesco árbol que con sus tendidas ramas lo cubre todo; mirad el mas gigantesco ser del poblado bosque que á pesar de su grandeza es el que mas pequeña raiz tiene. Es la novela. Es esa mezcla anómala, mitad prosa, mitad poesía, que participa de lo individual de la lírica, de lo grande de la epopeya, de la universalidad del drama, es el género literario que con éste comparte el imperio del mundo, es el género mas importante de nuestra edad, por cuantas razones de importancia social, esthetica ó racional puedan alegarse. No entraremos á defender á la novela de los cargos contra ella acumulados, no haremos su historia, no entraremos en otras consideraciones críticas acerca de ella, porque siguiendo nuestro propósito, en este género es en donde vamos á encontrar un escritor que sea la fiel encarnacion de nuestro siglo. Mal podrian imaginarse en los tiempos en que Apolonio escribia su *Asno de Oro* ni mas

adelante cuando se escribian los libros de caballerías y las biografías anecdóticas, lo que la novela habia de llegar á ser con el transcurso de las edades y de las ideas, cómo es imposible figurarse la grandeza de la encina en la pequenez de la bellota! Hoy la novela llega á un estado en que resume todos los géneros, abraza todas las ideas, lo invade todo. Las poesías lírica, épica, dramática, con todos los caracteres que las puedan hacer mas propias del siglo, todo se halla en este género que viene á responder á las necesidades de nuestro tiempo, á la sencillez hermanada con la grandeza, á la universalidad armonizada con el individuo. *La piel de Zapa* es un poema, los Miserables son una epopeya. Género verdaderamente propio del siglo, en la novela encontramos la misma, complejidad que en él, así tenemos la novela de costumbres, la histórica, la social, la sentimental. Sué, Walter Scott, Dumas y otra infinidad de novelistas mas ó menos ilustres y conocidos que se han multiplicado como las arenas del mar.

Pero no nos desviemos de nuestro propósito. Si hemos asignado á nuestro siglo como caracteres propios la duda y el positivismo, y vemos que es la novela el género mas extendido en él, en la novela naturalmente hemos de venir á encontrar un escritor que baste por sí solo á representar al siglo en que escribió, un escritor que reúna en sí un pensamiento constantemente dispuesto á dudar, porque á dudar quizá le conduzca siempre la vida material en que está sumido y que le retiene con sus adelantos y progresos. Este escritor es Honorato de Balzac, el hombre del mundo, el novelista francés, el autor de *La piel de Zapa*, del tío Goriot, de Eugenia Grandet, de las Escenas de la vida privada, es Balzac, que encarnándose ya en un jóven lleno de ilusiones, ya en un anciano decrepito, ora en una mujer del gran mundo, ora en una Paulina, hace jugar ante nuestra vista el panorama de la vida con todos sus caracteres, con todos sus cuadros, con sus situaciones todas. El tío Goriot es la historia de la perdicion de un jóven; en él se desenvuelven cuatro caracteres en que quizá podria resumirse toda la sociedad; por un lado el sacrificio que va estinguéndose poco á poco hasta sacrificarse á sí mismo; por otro la inocencia, un corazon tierno y blando que va sucesivamente endureciéndose al ponerse en relacion con un mundo para que no ha nacido; al mismo tiempo la astucia en su mas repugnante desnudez, en su encarnacion mas asquerosa; y por último, las hijas del tío Goriot, la mujer de sociedad, la negacion mas completa del sentimiento, la envidia, la miseria, la vanidad personificadas. ¡Qué sublime alegoría la de aquel viejo que sucesivamente va subiendo de piso, llegando desde el principal al último granero! ¡Qué triste verdad la que nos muestra aquel jóven que en un principio se escandaliza de las palabras de su astuto compañero de hospedaje, y que despues no duda en vivir á espensas del dinero de un marido!

Mas no es el tío Goriot la obra que hace á Balzac encarnacion de su siglo, la gran obra, el gran poema es *La piel de Zapa*. En ella en primer termino vemos la relacion entre el querer y el poder, aquel producto animal dotado de una cualidad extraordinaria que disminuye rápidamente, que empieza á desplegar su accion para proporcionar á su dueño una renta considerable, y que se acaba despues de conducir á Rafael á morir mordiéndolo en el pecho á la inocente Paulina. Allí teneis la gradacion de todos los deseos, de todas las pasiones: allí la síntesis de todas las ideas, allí la vida entera resumida en un solo individuo. Pero aparece el héroe

de la gran obra; ved entrar á Rafael en el número 36 del Palais-Royal, y temblad, temblad, sí, como tiemblan aquellos séres que rodean la mesa del tapete verde, aquellos espectros que en vez de corazón tienen en el pecho un naipe. Vedle mas tarde abismarse en el sillón de baqueta del almacén de antigüedades, y entonces admirad al poeta, al sábio, al filósofo, al historiador, que con la vertiginosa rapidez del pensamiento desenvuelve ante vuestros ojos todo un mundo. Admirad allí el genio de Balzac que viene á reunir allí los restos de todos los tiempos, de todas las sociedades, para que trayendo á la acalorada mente de Rafael todo el universo sintetizado con sus glorias, con sus miserias, con sus penas y placeres, le hagan olvidar que espera el momento mas oportuno de arrojarle al Sena. Uno que no hubiese sido Balzac, hubiese pintado una tempestad bajo un cráneo; haría quizá que el pensamiento ardiente de Rafael lo encontrase en sí todo y en su mismo espíritu fuera evocando recuerdos, esperanzas y temores. Pero el genio de Balzac no necesita recurrir á esto, y con la sublimidad de la fotografía, nos presenta allí despojos de todos los tiempos, momias egipcias, gladius romanos, saetas y envenenadas, picas indias, perfumes orientales y lienzos de Ticio, de Murillo, de Velázquez. ¿Qué materialización mas perfecta quereis de una cabeza de veinte y seis años que el almacén de antigüedades? Allí restos religiosos de las primitivas naciones sacerdotales del Asia, allí las tremendas espadas de los vándalos, allí las admirables obras de Benvenuto y de Palissy, desde Abraham y Cleopatra y Lucrecia Borgia, hasta Brahma, Odoacro y Napoleón; María Antonieta y Velázquez, Tancredo y Horacio y Lutero, todos revueltos, todos confundidos, todos mezclados como hojas sueltas de una historia destrozada, como las ideas en la mente de Rafael Valentin, como el almacén de antigüedades del Puente Nuevo solamente, porque solo á sí mismo puede compararse. No pretendemos hacer un examen crítico detenido de la gigantesca creación de Balzac, porque no llegarían nuestras fuerzas á donde nuestro deseo; y así no nos detendremos en la orgía ni en otra multitud de escenas, que son todas páginas materialmente arrancadas del libro de la vida. Pero no por eso hemos de pasar sin echar una mirada al principio de la vida del héroe, aquella educación esmerada y cuidadosamente rígida que contiene en sí el germen del fruto que brotó mas tarde. Mirad á Rafael cuando juega por primera vez con el dinero de su padre, y no podrá menos de venir á vuestra memoria el recuerdo quizá del día en que dejásteis de ser lo que erais el día anterior, el primer paso dado en un camino que jamás se desanda, el primer escalón bajado de la escalera que nunca se sube otra vez, el impulso que pone en movimiento los coches en las montañas rusas. ¿Y Rafael habitando en la calle de Cordeleiros, Rafael sábio, Rafael calavera, Rafael marqués, Rafael físico? ¿habrá algun hombre en el mundo que no tenga algo, siquiera algo de Rafael en las diversas fases en que éste se nos presenta? No, y en vano sería querer presentar mas situaciones, porque habría que transcribir aquí *La piel de Zapa* entera hasta con sus mismas palabras, porque allí nada sobra, está todo ya reducido y compendiado: cada línea se presta á una disertación, cada párrafo á un tomo de comentarios.

Dulce es el suspiro que nos arranca el recuerdo de nuestro primer amor, de nuestra ilusión primera; tiernos los gorgoros del canoro ruiseñor, al último rayo de un sol ar-

diente, y en la frondosa sinuosidad del bosque; dulce, tierno, suave, el blanco fantasma, la aérea imagen de la primera mujer que hemos amado, cuando en el silencio de la noche, y despejando las nieblas del espíritu, se presenta evocada por el corazón. Mirad á Paulina, ese ángel que descuellla entre todos los caracteres de Balzac, como descuellla el diamante entre el fango en que se ve envuelto; mirad ese ser para el amor nacido, por el amor puesto, porque quizá sea la encarnación del amor mismo; y al leer la última página de *La piel de Zapa* no podreis menos de creer en la verdad de aquella mágica leyenda; la vírgen de los amores que visita la isla mortuoria, el blanco fantasma que os asalta en el silencio de la noche, el suspiro que brota de vuestro corazón y se esparce por el aire como una bocanada de humo, como el mágico sonido del primer beso de amor. Paulina es como la enamorada Alice que atrae á Roberto el Normando al bien; la única idea consoladora, la sola celestial que llena la mente de Rafael, la única, pero la mas poderosa, porque por sí sola basta para contrarrestar la influencia de los demás hechos, de las demás ideas de la otra vida.

Verdaderamente es notable en la obra de Balzac que no hay carácter alguno, hasta los mas insignificantes y secundarios, que no esté magistralmente delineado; verdad, colorido, expresión, vida, todo está allí. Desde el héroe, desde Rafael hasta el portero de la casa de juego, todos los caracteres se nos presentan como figuras perfectas; como estatuas animadas, á quienes no falta un pelo en una ceja, ni un insintido en el corazón ó en la cabeza. Vemos á la condesa Fédora, y temblamos de la misma manera que temblábamos de niños al escuchar la historia de las sirenas que con su canto atraían á los navegantes. Vemos al viejo Jonatás, y le damos la mano como á un amigo antiguo; contemplamos á Emilio, y volvemos la cabeza para mirar al amigo que nos acaba de dejar. ¿Y Rastignac, y Taillefer y toda aquella turba embriagada de la orgía! ¿Podreis encontrarme una alegoría mas verdadera que el carácter del viejo mereader de antigüedades que presume haberlo visto y gozado todo, y sin embargo, viene á reunir tantos años de sabiduría y de riquezas, para ponerlos luego á los pies de una cortesana? Eufrasia y Aquilina, á esas las veis todos los días porque no son mas verdaderas las que se ven en teatros, calles y paseos, que las que nos presenta Balzac: cada una tiene su historia, cada una tiene su corazón, mas ó menos lastimosa la primera, mas ó menos viciado el segundo, pero que siempre puede resumirse en una lágrima congelada. Tal es *La piel de Zapa*, primero grande, despues sucesivamente mas pequeña. Los deseos aumentan, la piel disminuye, la vida se acaba; la *La piel de Zapa* es la vida. Cuanto mas deseéis, menor será tu poder; vive, pero tu vida me pertenece: está escrito y firmado con el sello de Salomón, y en un material que resiste á la compresiva del agua, y á las fraguas y máquinas del sábio físico, y que, sin embargo, disminuye al esclamar Rafael cuando habla con Porriquet.—Yo deseo vivamente que consigais... No continuemos, el bosquejo aunque ligeramente que hemos hecho de esta obra, basta para probar que *La Piel de Zapa* es la encarnación viva de nuestro siglo, porque si bien hay muchas obras alemanas mas profundas, no resumen en sí mas que la duda, les falta el positivismo, falta que el espíritu que nos presentan tan magistralmente retratado, se ponga en relación con el mundo físico, con la sociedad, con los demás hombres.

Esto es lo que la filosofía y la historia de consuno nos dicen respecto á la literatura moderna. Marcha con la humanidad, con ella sufre, con ella progresa.—Adelante.—Adelante.—Marcha.—Marcha.—La voz del Señor ha resonado en los oídos del eterno caminante, y el judío que negó un momento de reposo al Hijo de Dios, tiene que renunciar al descanso para continuar su eterna marcha. Adelante, adelante, y la humanidad camina, y caminan con ella sus virtudes y sus vicios, sus artes, sus ciencias, su literatura, su historia. El camino no tiene término, es preciso marchar continuamente, somos ángeles caídos que vamos hacia nuestro Dios. Adelante, adelante, el camino no tiene término, y quizá mañana lo terminemos; cada vez estamos mas cerca, nos lo dice todo, nuestra literatura, nuestro arte, que son la huella de nuestros pasos. Que el desaliento no entorpezca vuestro paso, es preciso creer en algo que no sea la duda; adelante, adelante; progredamos.

ISAAC PASTOR DIAZ.

LAS HERENCIAS DE JOSÉ.

(Conclusion.)

III.

MI TIO TRAJANO.

El primer marido de la viuda de Gausseman, me dijo José mientras íbamos caminando, se llamaba Bernabé Guerin, y era sastre.

Pero era uno de los principales sastres de París... del París de 1820. Tenia su taller en la esquina de la calle de Valois, y en la muestra habia un letrero que decia: «El triunfo de Trajano.»

Por lo cual en mi niñez le llamaba yo mi tío Trajano.

Segun puedo acordarme, pues lo conocí muy poco, era hombre muy honrado, que hubiese querido reemplazar para conmigo á su hermano Santiago, sirviéndome de segundo padre.

Mas opúsose á eso su mujer.

Era esta una brusca y desagradable, lujemburguesa, derecha y alta como un granadero prusiano, de trato áspero, muy difícil para soltar un cuarto, arisca con los parientes pobres, y despótica como el mismo demonio, especialmente con el marido.

Pero ya no vive, y ahora vamos á la casa que habitó; bastante he hablado ya acerca de ella, ¡tenga el cielo piedad de su alma!

Ten entendido, sin embargo, que mi tío Trajano, quien nada tenia de imperial sino la muestra, mi infeliz tío Trajano no era dichoso dentro de su casa. Me parece que lo estoy viendo corriendo á menudo trote hacia las casas de sus parroquianos, llevando siempre debajo del brazo algun bulto liado en lustrina negra, y cuando casualmente nos encontrábamos, me daba á hurtadillas una media peseta. Porque cuando estaba fuera de su casa era muy generoso y portába-

se muy campechanamente, lo que sobre todo era debido á algunas botellas que con mucha regularidad iba vaciando por el camino... sin duda para consolarse de sus infortunios conyugales.

Cierto día que se hallaba en una de estas alegres circunstancias, me llevó á la fuerza á su entresuelo de la calle de Valois, de donde mi queridísima tía me habia echado definitivamente, y presencié como en semejante ocasion se desquitaba de ella.

Era á la verdad una diversion verlo entonces con la cabeza y el vientre levantados, dando descompasadas voces, y paseándose con orgulloso tono por el almacén, puestas á la espalda las manos como Napoleon. Puedo asegurarte que en tales días estaba bien mi tío Trajano.

Tenia sobre todo cierto modo particular para decir: ¡cállese vd., señora! que yo no podré olvidar nunca.

Dormíase en seguida lo menos por espacio de veinte y cuatro horas, y este era otro tanto tiempo que ganaba al enemigo.

Desgraciadamente tomóle tal gusto á esta especie de victoria, que de resultas de una de estas triunfantes francachelas, de uno de estos dichosos sueños, mi infeliz tío Trajano no volvió á despertarse.

Estando piadosamente reunida en la morada del difunto toda su familia para tributarle los últimos honores, la insensible lujemburguesa fué tan falta de consideracion, que nos dijo:

—Vean vds. bien la casa, porque es la última vez que mientras yo viva ponen vds. los pies en ella.

Por mi parte, escusé el volver allí mas.

Únicamente siempre que pasaba por la calle, miraba la muestra.

Día por día, al espirar el año legal, advertí notable cambio en aquella muestra.

Debajo del magnífico cuadro que representaba á Trajano en todo el esplendor de su triunfo, no se leía ya: «Bernabé Guerin, sastre, sino Gausseman, sucesor de Guerin.»

La inconsolable viuda se habia casado con una especie de prusiano como ella, principal oficial del difunto.

Escusaba yo hasta el pasar por la calle de Valois.

Pero con cierta satisfaccion, supe que el segundo marido se habia declarado vengador del primero, que el tal Gausseman trataba crudamente á su paisana, y aun solia vaquear la á... estilo de Prusia.

A los tres ó cuatro años se retiraron á Cremilly, llevándose consigo la muestra, que desapareció como otras muchas.

Desde entonces no habia vuelto yo á oír hablar acerca de ellos.

¡Ah! se me olvidaba que al pasar por París mi tía, acompañada por Gausseman, estuvo haciendo una compra en mi almacén.

Se dignó reconocerme y llamarme su sobrino.

Y despues estrechándome á hurtadillas la mano, me dijo en voz baja:

—¡Ah! ¡cuánto me acuerdo de su infeliz tío de vd!

—¡Hú, hú! gruñó Gausseman, quien sin duda lo habia oido.

Mi tía me dirigió una mirada, que indicaba profundo desconsuelo, y se marchó cogida del brazo de su tirano.

Algunos años despues, al ocurrir el fallecimiento de

Gausseman, me lo hizo saber por medio de una carta, ¡sin duda para anunciarme su libertad!

Es cuanto acerca de la difunta sé; la lectura del testamento nos informará muy en breve de lo demás que haya habido.

Porque llegamos á la estacion, y si no me equivoco, ahí abajo está el carruaje de nuestro complaciente escribano.

En efecto, el mencionado escribano no tardó en salir á encontrarse con nosotros, y á los pocos minutos estábamos los tres colocados en su antigua carretela de provincia.

Aunque nos hallábamos á mediados de julio, el cielo tenía invernal apariencia, y había empezado á llover.

Antes de llegar á Cremilly teníamos que atravesar el bosque de Fontainebleau.

Muy pronto estalló con toda su violencia la tempestad. Los grandes árboles, destilando agua á chorro, zumbaban con las ráfagas del viento, y aun solían dejarnos entrever por medio de sus ramas, enormes piedras grises, que ya iluminadas con los relámpagos, ya sumergidas en la oscuridad, parecían moverse á nuestro alrededor, como en una especie de algazara de cíclopes, como en alguna fantástica balada alemana.

Este espectáculo era horroroso, pero sublime.

De repente, á corta distancia de nosotros, cayó un rayo.

Asustados los caballos, cayéronse rompiendo los tiros.

Por fortuna el carruaje se detuvo junto á un declive del camino.

Apresuróse á bajar el cochero, á fin de volver á colocar los caballos.

La tempestad se alejaba al parecer, pero la lluvia seguía cayendo.

—¿Qué es lo que tienes? me preguntó José viendo que también yo me preparaba para saltar á tierra.

—Páreceme, le contesté, que en el momento de estallar el trueno, he oído un grito.

—Y á mí también, replicó mi compañero; mas quizá sería el ruido de romperse alguna rama, ó cualquier estruendo del bosque.

—No. Se conocía que era voz humana... la voz de una mujer asustada, ó el doloroso grito de un niño.

—Pues examinemos estas inmediaciones, dijo el bondadoso José, acompañándome fuera del carruaje.

Al principio nuestra investigación no dió resultado alguno.

Mas al fin, á algunos pasos detrás de la carretela, y bajo dos piedras llanas, puestas á la manera de monumento druidico, vimos un semblante infantil, que con cierto terror se atrevía á estar á la entrada de su lugar de refugio.

Al acercarnos nosotros, una desconsolada y trémula voccecita exclamó:

—Caballeros, no me hagan vds. daño.

—Nada temas, dijo José. Tranquilízate, niño... que no somos bandoleros... ven, ven acá.

Estas consoladoras palabras dieron completo resultado, y casi al punto vimos salir de la gruta á una linda niña saboyana, que traía puesto un vestido oscuro, pañuelo encarnado por la cabeza, y la gaita á la espalda.

Nada podía darse mas bonito ni mas sonrosado que su fresco rostro, temblando aun de miedo. Tenía finas y delicadas facciones, como las de los figurines de la antigua Sa-

jonía, y un hoyito en cada mejilla, además de otro en medio de la barba; los labios eran tan colorados como las cerezas; los dientes brillaban de puro blancos, y grandísimos ojos negros.

Nunca pintó Greuze nada mas gracioso. Tal debía ser la célebre Fanchon, cuando niña aun llegó de su pueblo.

—¿Qué hacías ahí? le preguntó José.

—Estaba, señor, refugiándome de la lluvia.

—¿Pero, de dónde venías?

—De la otra parte de Chambéry.

—¿A pie?

—Si señor. Así es como entre nosotros caminan todas las niñas...

—¿Qué edad tienes?

—Cumpliré doce años por el próximo San Juan, que también es mi santo.

—¿Luego te llamas Juana?

—Juanita, para servir á vd., caballero.

Y nos hizo una reverencia.

Pero, preguntaré yo también, ¿tu largo viaje tiene al menos algún objeto?

—Sí, señor..... y ya, segun me han dicho, no tengo mas que atravesar este bosque para llegar al fin, porque voy al pueblo de Cremilly.

Al oír esta palabra, que por ciertos motivos debíamos disimular, no pudo José dejar de tener un primer ímpetu de sorpresa.

En seguida, gritándonos desde lejos el cochero que ya estaba dispuesto para continuar la marcha, dijo José:

—Ciertamente el digno escribano no te negará, pobre niña, un asiento y á lo menos, el último trozo de tu viaje lo acabará en carretela. Vente con nosotros, vente.

Juanita vacilaba muy confusa con semejante proposición y avergonzada con tamaño honor.

Cogióla José en los brazos y la llevó al carruaje.

Así que la joven gaitera se vió sentada en blando cojín, de color tan amarillo que debió parecerle de oro, se quedó inmóvil y con la boca abierta, sin atreverse ni aun á manifestar complacencia por su sencilla fortuna.

Mas á poco le dijo José.

—Vamos, Juanita..... hablemos algo. Dinos qué es lo que á Cremilly te lleva y á casa de quien vas.

—Voy á casa de la viuda de Gausseman, contestó.

Por entonces nos quedamos los tres sorprendidos, incluso el escribano.

—¡Imposible! exclamó José, ¡imposible!

—¡Ah! no, señor, replicó Juanita, que ya empezaba á animarse, porque ese es el nombre que el señor párroco ha escrito en la carta que debo entregar á esa señora parienta mía. Tengo buena memoria y sé leer..... Vea vd. sino.

Había puesto sobre los muslos la gaita, y tocando á un registro, sacó de una bolsita secreta la carta de recomendación para presentársela á José.

Al punto nos acercamos el escribano y yo para leer el sobreescrito, que tenía este letrado:

«A la señora viuda de Gausseman, propietaria, Cremilly, junto á Fontainebleau.

»(Seine-et-Marne.)»

El encuentro parecía en efecto una novela.

Mas un momento despues fué muy diferente.

Habiendo José preguntado á la niña saboyana el apellido

de su familia y como era, que aquella señora fuese parienta suya, le contestó:

—Es tia mia, caballero..... yo me llamo Juanita Guerin.

—¿Y cómo se llamaba tu padre?

—Francisco Guerin..... y su padre José Guerin.

—Ese José Guerin, ¿no era un soldado francés?

—Sí, señor. Yo no lo he conocido, pero sí he oído decir frecuentemente que mi abuelo era granadero del ejército francés, que habiendo sido herido en nuestras montañas y cuidado en nuestra casa, se quedó para ser el esposo de mi abuela. Bien recuerdo aquel antiguo uniforme que conservaban como reliquia!

—No hay duda, exclamó nuestro amigo con emoción cada vez mayor, no hay duda... ese era el hermano mayor de mi padre que desapareció en la primera campaña de Italia, y en memoria del cual me pusieron á mí José. Dáme un abrazo, Juanita..... que somos primos.



Gausseman y su esposa.

—No es posible, dijo la niña gaitera, cada vez mas alelada y sin poder creer nada de aquello. ¡Ah, caballero! ¿se burla usted de mí?

Pero cuando José la cogió sobre los muslos para abrazarla mejor, y vió ella que tenía él las lágrimas saltadas, exclamó con cierto arranque de sencilla alegría, que la hacia cien veces aun mas encantadora:

—Lo creo á vd., primo José..... ¡Ah! bien sabia yo, cuando al marchar me bendijo el señor párroco..... bien sabia yo que aquella bendicion me acarrearía mi felicidad.

—Estas últimas palabras de Juanita nos hicieron naturalmente recordar la carta.

Después de habernos mutuamente consolado, dirigiéndonos una mirada, fué José y rompió el sobre diciendo:

—Puesto que ya ella no existe y yo soy el último Guerin... el mayor, creo poder con antelación adjudicarme..... y delante de escribano, esta parte de herencia.

Y en alta voz comenzó á leer.

«Hé aquí lo que el digno pastor saboyano escribía á la viuda de Gausseman:

«Señora:

«Dígnese el cielo recompensar la generosa inspiración que vd. ha tenido en favor de su sobrina Juanita Guerin. Porque, señora, la soledad es mala consejera, aun en los años de vd. y Juanita le servirá pronto de muy afectuosa compañía. En el día no es sino una niña, pero niña prudente, entendida y piadosa. Muy bien pronostico en favor de su porvenir, y creo poder asegurarle á vd. que con la ayuda de Dios, esta desgraciada huerfanita será mas adelante una virtuosa jóven y una honrada mujer.

«Respecto al temor que vd. ha manifestado acerca de que en lo sucesivo la reclamen y se la lleven, no debe tener semejante recelo. Le repito á vd., señora, que Juana Guerin no tiene en este mundo mas pariente que vd., porque sus padres hace diez años que murieron y ambos están enterrados juntos, y su abuela que despues de aquella desgracia la habia recogido, no tardó en acompañar al sepulcro á los que estaba llorando. No era tampoco mas rica que estos y, por consiguiente, nada dejó á su nieta. Debí yo entonces recogerla en mi propia casa, donde mi hermana la ha criado. No le ocultaré á vd. que nos separamos de ella con vivísimo pesar; pero creo que es deber suyo corresponder al llamamiento de vd., yendo á asistir á vd. en su vejez, y de ninguna manera con motivo de la herencia que me hace esperar en favor de Juana. Por lo demás, ya hay otra huérfana que va á ocupar á nuestro lado el puesto de aquella, al cual ya no tiene derecho su jóven sobrina, porque encuentra una parienta rica.

«Hubiera yo deseado recibir con la segunda carta de usted el poco dinero que le pedí para los gastos del viaje de Juana, y he tenido el sentimiento de no poder anticipárselo, porque esta parroquia es muy pobre y aun mucho mas su pastor. Pero he arreglado todo de manera que pueda ella llegar á casa de vd., aun cuando con algun retardo, pero sin arriesgar su salud y sin ningun peligro para su inocencia, que es lo principal.

«Nuestra bondadoso Juanita sale con unos honrados saboyanos que hacen su viaje á Francia y que cuidarán fraternalmente de ella hasta París. Desde este punto á Fontainebleau no es grande la distancia, en especial para nuestra querida viajera, que es una niña de mucho espíritu.

«¡Quiera Dios bendecirla por el camino, igualmente que por todo el curso de este otro viaje que se llama vida! Y ójala le proporcione ella á vd. toda la satisfacción que con su compañía tiene vd., señora, el derecho para esperar y que yo le deseo.»

A continuación de esta sencilla y tierna carta venían unos pocos renglones, puestos por la inesperta pluma de la hermana del bondadoso párroco, los cuales contenían la lista del mas que modesto equipó que Juanita llevaba cuidadosamente envuelto debajo de la gaita, á saber: dos camisas de